

Miedo

Esa palabra que implica tantas emociones negativas y desagradables que han invadido la preocupación y han ocupado la mente de tantas personas por lo menos un determinado tiempo en la vida de cada uno de nosotros. Transciende más de cualquier sensación que podamos desarrollar con simples palabras, hace falta sentirlo y vivirlo dentro de ti para saber que es tan desagradable como necesario en el mundo. Una cabeza pensante supo plasmar el miedo como algo positivo o beneficioso, y fue el propulsor del sistema actual, atado y expuesto a un régimen que indirectamente te asusta para que hagas lo que los de arriba deseen que hagas.

En sí, estas palabras pueden dar indicios a provocar ese sentimiento que nos provoca malestar, pero los pensamientos que guardo son los que no puedo pronunciar en voz alta, porque a fin de cuentas, yo también soy un cobarde. Hace años que el mundo tal y como lo llegamos a conocer dio un giro drástico que tornó nuestros pensamientos y actitudes atando nuestra libertad con palabras de pánico. Estamos bajo una vigilancia constante en la que nuestros actos son grabados, vigilados, y castigados si no llegan a ser lo políticamente correcto que deben ser. ¿Algún día esto tendrá una solución, o quizás la encontremos una vez después de haber vivido todos estos años amordazados por el sistema?

Esto es lo primero que se me vino a la cabeza al despertar un lunes normal. Qué cantidad de pensamientos inadecuados podía llegar a vislumbrar en tan corto período de tiempo. Me levanté deseando no haber pensado en voz alta, o varios de los objetivos que graban mi estancia en esta habitación podrían haberme condenado ante la ley. De forma casi mecánica, me vestí como de costumbre, dejando atrás el pijama que había usado esa noche y dando paso a mi vestimenta habitual. Me percaté de que mi número asignado no estaba como normalmente en mi manga derecha, así que, entre un ataque de nervios y de miedo, busqué la muñequera de tela blanca de forma inmediata en la sala. Tiré todas las cosas que había en la mesa, rebusqué en los cajones, bajo la cama e incluso en la papelería. Tras unos veinte minutos de desesperación ante la ausencia del objeto, conseguí hallarlo boca abajo en mi almohada. Un suspiro de alivio inundó toda la habitación con este hecho. Una vez terminado mi cambio de ropas con la anterior protagonista desaparecida, abrí la puerta y bajé escaleras abajo para ir al comedor de esta cárcel creada por el sistema que fue nombrada hace una década como la libertad correcta. Mis pasos dejaban pisadas indiferentes y exhaustas tras otro día más en una pecera la cual era el único paisaje que podría ver en toda mi vida. Después de haber pasado tantos exámenes, pruebas de inteligencia y sacrificados programas físicos, determinaron que no era más que un grupo B. Está claro que mi vida aquí tiene mejores condiciones que las de la agrupación C, donde son todos expuestos a trabajos torturadores y nada más que pan y agua como recompensa, pero no estaba satisfecho como debía vivir en una libertad que ni siquiera yo mismo elegí. Según mi carné de identidad me llamo Álex, y mis condiciones son mediocres, por lo cual mantengo actualmente el trabajo de secretario en el instituto nacional de leyes y reglas. No me considero alguien torpe ni endeble, de hecho las pruebas que realicé dieron resultados óptimos. Pero estoy encasillado en esta clase social media por una simple razón, que me atará durante toda mi vida: Mis padres y familiares pertenecen al grupo C

Hace unos dos meses que me trasladé a esta clase social superior, no pudieron negar a mis aptitudes en ascender un escalón respecto a la sociedad, pero aún así puedo recordar, ver y sentir como si fuera ayer el momento de partir y dejar todo lo que tenía, quería y era mi vida atrás. El venir aquí es la condena de no poder ver más sonreír a mi madre cada vez que traía mantequilla o algo con lo que poder aderezar la textura dura del pan, los ojos brillantes de mi padre cada partido de fútbol sobre un campo de barro que se celebraba semanalmente en la plaza, donde los niños podían disfrutar intentando conseguir su sueño, dándole patadas a un trozo de cuero mal atado que protegía y cubría una bolsa de piedras que daban la forma esférica a aquella pelota mal hecha, como si así pudieran cambiar el mundo en el que vivían. Según mi pase de identidad, tengo 18 años, y mi número asignado es 1918014, pero tras tantos cambios que ha dado mi vida, considero que mi mentalidad ha madurado a base de palos que he recibido porque el sistema así lo ha estipulado.

Terminé de descender las largas escaleras que daban a una amplia sala en la que el elemento principal era una mesa alargada de mediana calidad, con más de un centenar de sillas ocupadas que la decoraban. Las personas que estaban allí podían comer con cubiertos de plástico, con unos modales que en el anterior comedor en el que estuve no estaban presentes. Al principio se me hacía raro ver como las personas guardaban cola de forma ordenada y no debían ser hostigados por personas que portaban látigos para que mantuvieran una cierta organización a la hora de recibir la asignación de comida, pero a estas alturas me parecía algo incluso cómodo, ya que podía evitar de esa forma múltiples conflictos para ver quién podía robar más comida, pero también me hacía sentir como si hubiera renunciado a mi dignidad y libertad, siendo uno más de la manada. Como de costumbre, guardé estos pensamientos y me coloqué en la fila, esperando así a recibir mi parte matinal de comida. A medida que la gran cantidad de gente iba avanzando y colocándose de forma ordenada en el sitio que les correspondía, había menos tiempo de espera para mí, y aún así me permití el lujo de alzar la vista para ver la hora que había en el reloj de pared que se situaba en el comedor, el coche que venía a por mí no llegaría en más de 45 minutos, así que todo el cálculo y los 20 minutos de pérdida buscando la extraviada muñequera no eran preocupación, exceptuando que como habitualmente, ya no me daría tiempo a esperar leyendo al automóvil que me recogía. Un lujo menos que me busqué por mi torpeza organizando las cosas, probablemente ese libro que me estaba leyendo era uno de los pocos que no eran aceptados por el Estado, pero mi curiosidad hizo que me arriesgara a leerlo cambiando la portada por la del libro de instrucciones financieras que me fue concedido al empezar a trabajar como secretario. Al llegar mi turno, tomé la vajilla de plástico que contenía unas raciones de verduras, carne y pan. Esto fue un avance novedoso para mí nada más llegué a las instalaciones de esta división, pero conforme pasan los días, veo estos alimentos como algo monótono, algo que todos los días que quedan de mi vida tendré que comer. Pero era mejor que nada, o que pan con agua, así que simplemente me senté para proceder a desayunar como rutinariamente hacía. Es cierto que el paso del tiempo me hizo más arisco, introvertido y desconfiado, pero aún así, la compañía de las otras personas asignadas a mi lado era realmente insoportable e incómoda. Fingían ser como querían que fueran, con un comportamiento ejemplar en sus conversaciones sobre lo excelente que era la política y los métodos que son usados por el gobierno al separar las tres clases, afirmando que era lo más justo para cada persona que componían los grupos de esta sociedad. Lo único que podía hacer era callarme y mantenerme indiferente mientras comía.

Al terminar la normalidad mediocre de la mañana, me dirigí al exterior de las instalaciones que componían el edificio B. Pasé los controles rutinarios que se componían de identificarme en nombre y número asignado, un cacheo habitual y tomar mi huella dactilar antes de ir a esperar a las afueras al coche que me conllevaría a otra cárcel mucho peor en la que permanecería 8 horas trabajando sin más recompensa que la estancia en la edificación moderna que recibía el nombre de 'B'. Estaba por fin en el exterior, y siempre que permanecía allí, aunque fueran apenas 10 minutos, me permitía mirar el cielo y el resplandor del sol, otear con el rabillo del ojo y a escondidas de los guardias vigilantes, la frontera que dividía mi edificio actual con el edificio C, un alambre electrificado que impedía que nadie lo cruzara, con la leve esperanza de encontrar allí a mi madre cruzando una vez más el camino de piedras que surcaba al oeste para trabajar en la mina un día más. Podía permitirme el lujo de dar bocanadas de aire limpio y puro para airear mis pulmones, era una de las mejores sensaciones que a lo largo del día podía sentir, y gracias a dios, era algo que no me podían quitar, porque el gobierno y su dinero puede quitarnos todo, arrebatarlos lo que más queríamos, pero nunca podría impedir que el aire y viento soplara, y en parte, doy gracias a la naturaleza de que esto fuera así. Podía darme cuenta como las demás personas que esperaban al igual que yo ocupar su cargo me miraban como si estuviera realizando un acto vandálico al poder disfrutar del aire, pero era algo que me daba igual, ya que mi breve momento de libertad no sería capaz de arruinármelo nada ni nadie. Bueno, sí, algo era capaz de arruinármelo; el sonido agudo del claxon que procedía del coche que me conduciría a realizar el resto de mi rutina diaria. Terminé de respirar y me subí en el automóvil junto mis compañeros de trabajo, dentro del edificio teníamos prohibido hablar entre nosotros sobre nuestras horas laborales, y si llegáramos a comunicarnos sin un permiso previo de algún funcionario que fuera nuestro testigo de las conversaciones, podríamos estar incumpliendo una grave ley del sistema, así que el contacto que teníamos entre nosotros no pasaba más allá de la frontera del vehículo y las cuatro paredes de hormigón que elevaban y protegían nuestro lugar de trabajo. No tratábamos más que temas triviales sobre alguna que otra ley, chistes jocosos acerca la economía o exclamaciones de admiración a la estructura que había adquirido nuestro sistema político. A lo largo de este tiempo, pude ver que poco a poco me estaba volviendo hipócrita al ser capaz de soltar un halago sobre cosas que nunca habría defendido cuando estaba en el grupo C. Es cierto que las condiciones de vidas en comparación al B eran incomparables, y estaban en un nivel de humanidad que rozaba los valores éticos y morales más profundos, pero la diferencia es que al otro lado de la barrera que separa el camino oeste del norte es que allí podía ser libre, es cierto que teníamos más horas laborales y más cargas con menos ventajas, pero cuando no estábamos ocupados, podíamos salir fuera y hacer las actividades que quisiéramos, podíamos correr, bailar, jugar, leer, escribir o pintar fuera del renglón, podíamos estar juntos en familia y comentar las cosas sin que haya un intermediario que vigile lo que conversáramos, podíamos, en definitiva, ser felices.

Quizá yo vendiera mi felicidad al poder, y algo de lo que tanto me quejo me haya atrapado convirtiéndome en una víctima más de su juego de miedo a cambio de una cama más confortable y unas comidas mejores. Pero aún así, hay cosas que nadie nunca podrá quitarme, como mis ideales, mis pensamientos y opiniones más profundas que no comparto ni compartiré con nadie. Una vez llegado a mi destino, baje del coche y vi por última vez al sol, envidiando su libertad. Tras esto, entré al edificio sin otra ilusión que despachar un día más.